



Las incógnitas del digital terrestre.

**Joan Roses, Director de Servicios Audiovisuales TVC Multimedia
Barcelona, 28 de agosto de 2001**

El paso de las televisiones analógicas al sistema de difusión digital que se inicia el próximo año, será sin duda, uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la televisión en España. Se trata de un acontecimiento comparable al nacimiento de la televisión en color, al fin del monopolio de Televisión Española o al nacimiento de la tv de pago.

Sin ánimo de exagerar, diría que, en algún aspecto, este cambio va más allá. De hecho, supone un acontecimiento de mayor relevancia que los anteriores por su repercusión en el consumidor y en la industria. El cambio digital supondrá que todos los televidentes se verán en la necesidad de cambiar de televisor o de comprar un descodificador para seguir viendo la televisión. Y obviamente, una medida que obliga a todo el mundo, incluyendo en ese "todo el mundo" a pensionistas o gente con pocos recursos, tiene una trascendencia social no desdeñable.

Pero además de la trascendencia social, la repercusión económica tampoco será baladí. Tanto la renovación del parque de televisores como la aparición de diversas gamas de descodificadores pueden suponer una inyección importante para la industria.

Vitaminas para el sector clásico de fabricantes de aparatos y componentes electrónicos pero también una buena inyección para una industria, incipiente todavía, para la que la televisión digital terrestre será fundamental. Me refiero a la industria de la televisión interactiva.

Además de liberar frecuencias y aumentar la capacidad de difusión, que no es poco, si de algo sirve la digitalización es para añadir prestaciones al medio y dar un salto hacia un nuevo modelo de televisión. La televisión interactiva, la televisión personal, o la televisión participativa, llámese como se quiera.

Pero además, por si esto fuera poco, resulta que el reparto de frecuencias a nuevas emisoras y la reasignación de las antiguas configurará un nuevo escenario televisivo en el que tendrán que convivir las televisiones públicas y las privadas, las abiertas y las de pago durante muchos años.

Ante este panorama, cabría pensar que un acontecimiento de esta magnitud ha sido meditado, consensuado con la industria, o debatido al menos entre los agentes políticos, económicos y sociales a los que interesa la televisión. Y que el resultado es, por lo menos, el fruto de un análisis compartido.

Pero, curiosamente, no ha sido así. Se ha legislado deprisa y mal y el resultado es que, casi tres años después de que se impusiera el escenario de la TDT por real decreto, nadie se siente mínimamente satisfecho. Ni los que obtuvieron la concesión para una plataforma de televisión de pago (Quiero TV) porque con una limitaciones insuperables de ancho de banda deben competir con un mercado tomado ya por el satélite. Ni las cadenas analógicas a las que sólo han concedido ancho de banda para emitir en peores condiciones de calidad que en la actualidad. Ni las nuevas cadenas emergentes (Vevo TV, Net tv) a las que se les presenta un largo camino para consolidarse dado que ante, este panorama, nadie tiene prisa en impulsar el desarrollo de la TDT.

¿Qué prisa pueden tener las cadenas terrestres actuales en que se desarrolle la TDT si fomentándola ayudan a la competencia que opta por quedarse parte de su pastel publicitario?. ¿Qué interés pueden tener esas cadenas si, de momento, no les han concedido ni medio megabit para crear servicios interactivos de valor añadido?

El real decreto de octubre de 1998 prevé que las televisiones de ámbito estatal dispondrán de sólo un canal dentro de un múltiple compartido entre todas, salvo TVE que dispondrá de dos canales. Es decir, de un ancho de banda analógico teórico de 24 megabits, una cadena podrá ocupar unos 4, lo justo para que sus emisiones tengan un grado de calidad discutible.

Resulta inaudito que el beneficio que resulta de liberar las frecuencias que se digitalicen no repercuta en alguna medida en las televisiones terrestres actuales. Así, ni se posibilita el desarrollo de la televisión interactiva, ni se logra consolidar el mapa televisivo español.

La TDT, sea abierta o de pago, sólo se desarrollará con rapidez si las emisoras actuales tiran del carro digital y ofrecen nuevos atractivos a su audiencia.

Pero tal como están las cosas, y con las televisiones locales a la espera de ver qué se hace con ellas, lo único que está claro es que las emisoras ralentizarán cualquier movimiento hacia el digital porque, hoy por hoy, la digitalización les debilita. Y entre estas emisoras se hallan, no lo olvidemos, las televisiones públicas que no son, precisamente, un modelo de salud y fortaleza.